

Joset, Jacques. *Hacia una novelística puertorriqueña descolonizada: Emilio Díaz Valcárcel*, Madrid, Iberoamericana, Vervuert, 2002.

Este libro sobre la producción novelística de Emilio Díaz Valcárcel está motivado por una carencia. Joset considera que, a pesar de la calidad y la amplitud de su producción, son relativamente pocos los trabajos publicados sobre las novelas de este sobresaliente escritor puertorriqueño y que esta falta de reconocimiento, extensivo a la literatura puertorriqueña en general, puede atribuirse al carácter dependiente y marginal del país, colonia de España hasta 1898 y de los Estados Unidos hasta el presente. A esta “marginalización colectiva exterior” se suma la “interior” que, aunque compartida por la mayoría de los escritores contemporáneos del mundo “resulta también de las peculiaridades de la sociedad puertorriqueña”. Joset ve la obra de Díaz Valcárcel precisamente como una rica y compleja reacción a estas circunstancias; sobre todo, desde la perspectiva de la figura del escritor, quien tiene que asumir “unas condiciones socioculturales de dependencia que, de cara al exterior, no le permiten alcanzar el reconocimiento de los que configuran el campo literario internacional”. Con esto en mente, Joset recorre las ocho novelas de Díaz Valcárcel.

La primera, *El hombre que trabajó el lunes* (1996), presenta un día en la vida mediocre y enajenada de un empleado de clase media baja, desde “un estado de equilibrio inicial a la desestabilización psicológica final”. Joset analiza el juego metafórico y dialéctico de luz (ilusión, esperanza, optimismo) versus tinieblas (pesimismo, desilusión, enajenación) en la novela, para concluir que el autor escribe más como ideólogo que como novelista. Su visión es demasiado maniquea y aún se mueve dentro de unas concepciones realistas que no logra cumplir a cabalidad. No obstante, ya aparecen aquí algunos temas que se desarrollan plenamente en novelas posteriores: los falsos valores de la sociedad capitalista norteamericana, la publicidad como instrumento enajenante, la aceptación fatalista de las malas condiciones de vida representadas por los embotellamientos de tránsito, los esfuerzos de la metrópolis por imponer el inglés y el rechazo social del escritor como ser al margen de la sociedad de consumo.

Su próxima novela, *Inventario* (1969), adolece, según Joset, de la misma insistencia ideológica, pero se concentra más en el fondo socio-histórico de Puerto Rico desde la Masacre de Ponce en la década del 30 hasta el triunfo del partido anexionista en 1968, pasando por los años de la modernización muñocista. El protagonista es otro fracasado, pero adquiere conciencia hacia el final de su vida inauténtica y de su condición de colonizado. La novela ya demuestra los esfuerzos del autor por actualizar su escritura y superar el modelo del realismo ideológico. El manejo libre del tiempo, el relato de acciones condicionales no realizadas, la utilización intensa de la enumeración como rasgo estilístico, el falso final que sólo ocurre en la imaginación del protagonista y

la ambigüedad humana son algunos de los rasgos que anticipan su próxima novela: *Figuraciones en el mes de marzo*.

Joset considera que *Figuraciones*, finalista del premio Biblioteca Breve de Seix Barral en 1971, es una de las mejores novelas caribeñas e hispano-americanas de la década del 70. El exceso de realidad y la asfixia paranoica que produce es, para el crítico, la clave principal de su núcleo semántico y su organización textual. Incapaz de soportar la excesiva y confusa realidad de su país, el protagonista, se desplaza inútilmente de Puerto Rico a Madrid, donde la sensación de asfixia siempre le persigue. La falta de aire se combina con “el hilo temático del encierro en que se complace el protagonista”. La clave de esta obsesión estriba en el encuentro de la personalidad psicopática de un escritor fracasado y del clima sofocante de la isla. El gran acierto de la novela está en inscribir “en su estructuración los significados de los temas y motivos, valores sociohistóricos degradados y conceptos metaliterarios que se desprenden de la lectura propuesta...” El fragmentarismo, el collage de materiales documentales, los monólogos interiores y los diálogos implican un desbordamiento formal que corresponde a la “figuración” sofocante. La verdadera originalidad de la novela no estriba “en la creación de nuevos procesos del relato, sino en su agotamiento”. *Figuraciones* es también una reflexión sobre el paradigma del escritor, sofocado por la abundancia de discursos, el exceso consumista, la conversión de la literatura en mercancía y la degradación social de la pasión literaria, factores que desembocan en su aislamiento y su silencio.

De *Harlem todos los días* (1987), Joset destaca su condición de “novela del lenguaje”. Nueva York se presenta en ella como verdadera Babel de idiomas, dialectos e idiolectos. El multiculturalismo políglota es el rasgo que más se subraya. Las “figuraciones de la lengua, el repertorio de procesos discursivos que realzan el poder performativo de la palabra”, “las disquisiciones ficcionalizadas sobre la arbitrariedad del signo”, “los juegos de palabras reveladores de la realidad histórica”, “las debilidades de los procesos de comunicación”, “las perturbaciones del discurso”, “la amalgama lingüística producida por las corrientes migratorias”, son los rasgos que el crítico más destaca. Dentro de esta nueva visión del ambiente neoyorquino, el “spanglish” es un elemento cultural integrado a la totalidad. “La pérdida parcial del dominio del español y de la cultura de la Isla no es nada más que un conflicto de generaciones y viene ampliamente compensada por la invención de un idioma sólo incorrecto para los puristas...”. El personaje de Aleluya, neorrican, políglota consumado, revolucionario, experto en artes marciales, gran lector, que vive de pasear perros ajenos y que se mueve en la complejidad de la ciudad como pez en el agua, es emblemático. “Ale es pura creación del referente multicultural neoyorquino: el boricua políglota es una especie de *deus ex machina* que compensa todas las frustraciones de la comunidad asumiendo su condición de ente de fábula...”; es “el espíritu ubicuo de la resistencia del Barrio al capitalismo aplastante y el mito terrorífico para los yanquis de la conspiración contra sus propios mitos...”

Lo que señala el crítico es muy acertado, aunque deja un tanto de lado aspectos esenciales de la novela, como su intención satírica, su sentido del humor y su espíritu festivo, que nos invitan a no tomar la obra demasiado en serio. *Harlem* es una de las pocas obras optimistas de Díaz Valcárcel. Rompe así con la tradición de presentar la emigración en clave trágica o melodramática para subrayar la existencia de un nuevo estilo de vida y una nueva mentalidad de los boricuas en la ciudad.

A *Harlem* le sigue *Mi mamá me ama*, la novela editorialmente más exitosa del autor. La obra “responde a la demanda por una literatura mordaz que no oculta su objetivo satírico y sus fines de denuncia... a través del filtro de la ironía, del humor y de la burla”. El blanco de la sátira es la mentalidad del anexionismo puertorriqueño, encarnada en el joven Yunito, niño mimado de la burguesía, y en su pintoresca familia y sus amistades. Internado en el hospital tras una pelea estúpida de motivación política, Yunito escribe su diario, con ingenuas pretensiones de apuntes para un estudio sociológico.

Partiendo del título, Joset inscribe la novela dentro del núcleo semántico de “la relación incestuosa que el hijo establece con una madre superficial y protectora”. Para el crítico, el dogma anexionista de Yunito y “su familia colonizada por el conformismo social norteamericano es la que, horneada en el molde machista de la autoridad patriarcal, produce el incesto”; “la unión a la madre es una clara metáfora de la anexión a la nación soñada”. En cambio, su hermana se resiste a la educación asimilista y se rebela mediante una sexualidad desbordante. Esta interpretación freudiana sirve para vincular los conflictos privados del protagonista con el contexto político colonial, pero su alcance alegórico resulta cuestionable. ¿Hasta qué punto vinculan los anexionistas puertorriqueños a los Estados Unidos con una imagen maternal vinculada a sus orígenes? Esta imagen corresponde más a la “Madre España”, mientras que la nueva metrópolis se vincula con la imagen del benefactor y paternalista Tío Sam. De todos modos, el asimilismo ingenuamente racista y contradictorio de Yunito está vinculado a su inmadurez, revelada por su apego enfermizo a la madre y su admiración por la figura del poder que es su padrino, prominente líder anexionista.

Más acertadas nos parecen sus observaciones sobre aspectos lingüísticos. El texto revela y dramatiza a nivel de la palabra el enfrentamiento entre el español y el inglés. Hay en la obra “un triple código lingüístico entre la lengua ora pedante ora ingenua del diario de Yunito, el inglés intercalado y el puertorriqueño de los personajes populares, que... separa radicalmente los hábitos idiomáticos de las clases sociales”. El lenguaje y la perspectiva popular predominan en el último capítulo: el monólogo de la enfermera que atendió a Yunito y que lo ve con ojos críticos y compasivos, como un “blanquito”, ridículo e inocentón. Según Joset, Díaz Valcárcel confía más aquí en las posibilidades de su pueblo para escapar de la enajenación.

La revaloración de la cultura popular mediática es, según el crítico, elemento

fundamental de la próxima novela: *Dicen que de noche tú no duermes* (1985). La trama refiere “la progresiva atracción entre el narrador principal, un intelectual cuarentón, Jaime, corrector de memorandos escritos por ‘especialistas’ en educación, y una secretaria, compañera de trabajo desde hace dos años, Mari, ‘mujer del pueblo’ de treinta y dos años”. Él es un intelectual frustrado, imbuido en cierto cinismo y sentido de superioridad. Ella es una mujer formada en y por la cultura popular, aparentemente simple, pero en el fondo muy auténtica, capaz de transformar esa subcultura para expresar y vivir su propia individualidad. Según él la va conociendo mejor la valora más, mientras reconoce sus propias limitaciones; “el intento de seducción sexual del principio se convierte en complicidad basada en el respeto mutuo”. Para Joset, la novela se inserta, con matices propios, en la postmodernidad literaria, por su discurso configurado por “parodias y pastiches de la prensa sensacionalista, reciclaje literario de películas y telenovelas, reescritura de informativos y concursos televisivos, comentarios con o sin distancia irónica de letras de boleros...”.

El intelectual desencantado, desplazado por la sociedad consumista, reaparece en *Taller de invenciones* (1993). Esta vez se trata de un cuentista que hace tiempo que no escribe, pero que se dedica a ofrecer talleres de creación literaria a un grupo muy heterogéneo. Joset destaca el carácter de metaficción de esta novela que, entre otras cosas, incluye once cuentos de los aspirantes a cuentistas, con todo y errores ortográficos, así como los comentarios del profesor y del resto del grupo. También incluye lecciones teóricas y prácticas sobre el arte de escribir cuentos, basadas en textos de Quiroga, Cortázar, Poe, y otros maestros del género. El último giro metaficcional se produce cuando el suicidio de un estudiante cuestionador y cínico, saca de su esterilidad al protagonista, quien decide escribir una novela sobre sus experiencias del taller: precisamente, la que estamos leyendo. El crítico sitúa *Taller* junto a *Figuraciones* y la posterior *Laguna y asociados*, dentro de una tríada sobre el desplazamiento y la enajenación del escritor en la sociedad de consumo. Curiosamente, no menciona, como dato que vincula ficción y realidad, que el autor ofreció talleres de creación y editó un libro, *17 del taller* (1978), con los cuentos de sus estudiantes.

Laguna y asociados, la novela más reciente, regresa al tema del escritor marginado dentro de una sociedad degradada por el mercantilismo. Joset la ve como “una reescritura desesperada y desesperante de *Figuraciones*”. Esta vez el escritor estéril es un poeta que se siente frustrado y culpable por haber vendido su creatividad a una agencia de publicidad como “copywriter”. El escape, en este caso, es el alcohol y el blanco principal de la denuncia es la alienación consumista y la farsa publicitaria que la propicia. La caricatura del intelectual exitoso, “genio de la publicidad internacional”, es el banal, jactancioso y superficial argentino Stavros Nikkolas. La novela confronta dos funciones del lenguaje: “la pragmática de la comunicación publicitaria basada en la univocidad del mensaje (promover la venta de un producto) y la estética del texto literario que requiere polisemia y ambigüedad”. El sistema exalta

la primera y desvaloriza la segunda, enajenando al “intelectual que, por su capacidad reflexiva, podría poner en jaque la sociedad de consumo”. Para el crítico, esta representación del escritor —conciencia de su pueblo, intelectual que pretende modificar la historia con sus palabras— es todavía romántica. Díaz Valcárcel registra su derrumbamiento total con rabia, nostalgia e ironía. Sin embargo, siempre según Joset, parece apuntar a otro tipo nuevo de intelectual que llenará el vacío en el personaje de Jessica, compañera del poeta que, aunque más joven, parece asumir una actitud más madura. Jessica, modelo de anuncios comerciales, pero también especialista en estadísticas, sin ceder al mundo de la farsa publicitaria, cultiva un optimismo razonado y demuestra integridad moral. El crítico observa, con agudeza, que esta figura de una nueva intelectualidad “postmoderna” corresponde a un mundo sin letras, como si Díaz Valcárcel estuviera diciendo adiós a la literatura.

Al analizar las novelas de Díaz Valcárcel, los tres focos principales de Joset son la condición del escritor dentro de la sociedad colonial, el diagnóstico de esa misma sociedad degradada y la elaboración lingüística correspondiente. Joset traza una trayectoria que va del realismo social a la sátira y la parodia, del lenguaje ideologizado a la mayor creatividad y libertad lingüística. Las novelas van trazando la progresiva degradación de valores dentro de una sociedad cada vez más mercantilista y consumista, y la enajenación cada vez mayor de la literatura y el escritor.

Esta interpretación global de la novelística de Díaz Valcárcel es una de sus principales aportaciones, a la cual hay que añadir la lectura atenta y aguda de cada una de sus novelas. Ciertamente, Joset cumple muy bien con su propósito inicial de dedicarle un estudio profundo y abarcador al narrador puertorriqueño. Su libro será referencia obligada. Por serlo, echamos de menos una bibliografía lo más completa posible sobre el autor. La *Revista de Estudios Hispánicos* de la Universidad de Puerto Rico publicó recientemente una bibliografía de este tipo preparada por profesores y estudiantes (Año XXVII, Núm. 2, 2000, p. 455-469). Tal vez en una próxima edición se podría incorporar esta bibliografía, lo cual demostraría que ya no es tan escasa la crítica sobre el autor, aunque sí está muy dispersa y algunos textos son de difícil acceso.

Ramón Luis Acevedo Marrero
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras